



Ernesto Murillo: "Una Flor en el Cemento"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Cada nueva generación de poetas trae consigo la muerte de la poesía. Se le puede escuchar el grito: —la poesía ha muerto. Y así de inmediato se la oye: —¡Viva la poesía!

Muerte y resurrección. No otra cosa es, a lo largo de los años, el movimiento poético universal. Desaparece lo establecido y se establece algo nuevo, destinado a desaparecer. De esta manera cruza los tiempos la poesía, con una vitalidad incesantemente rechina. Hay quienes, descontentos de vida tan porfiada, suelen anunciar que está enferma, que se halla agónica. Lo mismo sucede a menudo con la novela. Y todos sabemos que poesía y novela tienen suficiente salud para entregarse sin cansancio, cada vez que se les ocurre, a las más cansadoras aerobacias.

No obstante, la poesía se muestra a veces fatigada. Es un pequeño lapso de debilidad. Se tiene la impresión de que ha pasado por aventuras muy fuertes y desea, de pronto, descansar. Creemos que esto es lo que momentáneamente aparta a la poeta chilena de su ancho camino habitual. En copillas en medio de un recodo, está como recordando sus mejores hazañas, recién pasadas y juntando fuerzas para un cercano porvenir.

Se publica mucho. Un balance de final de año muestra una sobreproducción poética esteliontrada. El número es alto; la calidad, así siempre baja. Es visible que la mayoría de los poetas nuevos imitan —tratando de que no se les note— a algunos de los dos o tres grandes que les cierran el horizonte. Reniegan, maldicen, se esfuerzan para llegar a lo propio; pero ahí se les ve, tartamudos, gesticulantes, vanidosos, y ahí estarán hasta que la Providencia los botre o les inyecte energía.

Es interesante, por lo tanto, celebrar la aparición de un libro diferente a los que a diario se publican. Su autor, Ernesto Murillo, no es un desconocido, ciertamente. Una de las obras —"Salar"— obtuvo el Premio Municipal de 1960. En ese libro, como en "Una flor en el cemento", que acaba de aparecer (Editorial Universitaria), el poeta muestra un tono personal. Su poesía es firme. No es el suyo un verso deshidratado, cejijunto, rezongón, como tantos que andan por ahí murmurando una "angustia existencial", que no es sino palabrería de perdedero malhumorado. Ernesto Murillo, ingeniero, hombre culto, poeta de verso, es un testigo lúcido de su tiempo, y sus vivencias más honradas, sus experiencias de mayor intensidad le imponen una poesía de voz personal. El título de su libro —"Una flor en el cemento"— es, por sí solo, una imagen de la época, y del hombre que, como poeta, la mira y la proyecta en su palabra.

En esta crisis de todos los valores que vamos cruzando, en esta búsqueda febril de un sentido para la vida, en este cárcel de cemento donde ha encerrado el hombre su alma, Ernesto Murillo señala hacia la esperanza, hacia esa flor que nos devuelve a la tierra, a la libertad, a la dignidad humana. No seremos esclavos de la máquina, nuestra rebeldía debe impedirnos que el robot mande en nosotros. El poeta nos traspaas este

mensaje a través de su poesía puesta al servicio del hombre. Es una poesía vigorosa, que él describe con exactitud y naturalidad:

Junto a las catedrales de la muerte
dibuja un nuevo amor la poesía.
No construida de aedos ni de alambres,
no de palabras pálidas y finas.
Sino de sangre, sol y condimentos.
Sino de huesos, piedras y cenizas.
No yerta en el papel sino gritando.
No en cama, agonizando, sino activa.
No roja ni morada sino libre.
No ausente ni distante, sino viva.

No cabe una definición más fiel de una poesía que no se quiere ajena al hombre en sus vicisitudes vitales de cada día. Es poesía solidaria. El poeta mira dentro de sí, pone su atención en los otros, observa la vida del hombre cotidiano y su visión, su sentimiento de lo que es la humanidad actual, rodeada de amenazas mortales, prisionera de la angustia, le mueve a un canto que es análisis, condena y amor. La situación del hombre está admirablemente mostrada en poemas como "Al ascensorista" y "Subway", imágenes simbólicas del sufrimiento rutinario, sordo, sin posibilidades de cambios propicios de todos los menudos habitantes de un mundo mecánico. Las figuras humanas que cruzan por estos poemas tienen trazas de peleles, movidos por los hilos de la necesidad de la pobreza, de la señalización maquinal de cómo se ha de vivir.

Quiero traer gaviotas a tu jaula de anemia
y llenarte del cansancio de paisajes y peces,
dejarte algunas lunas de platados fulgores
y ocuparte el silencio con sueños y labores.
O sacarte, tal vez, de tu mundo de azúcar,
de espantos usados, bufandas y cenizas,
a arder, volar conmigo hacia celestes servios
y hablar alegremente del oro y sus espigas.

Este es el deseo animador de los poetas: ir hacia el hombre, el enjaulado, y traerle el mundo de la primavera, que ha echado su flor de esperanza. Salvador Reyes, en un prólogo que analiza sagazmente la poesía de Ernesto Murillo, escribe: "Inspiración nueva, trágica zona, incertidumbre, dolor y rebeldía. El poeta da la sensación de ser el último hombre de pie en lo que aún queda de la naturaleza, para dar su adiós al mundo donde fue feliz y desgraciado. Tiene conciencia de su derrota y nos la hace sentir dolorosamente a todos sus compañeros en la tremenda aventura de vivir". Derrota de la soledad, dolorosamente compartida en el refugio de unos versos amplios, abiertos —pese a todo— hacia el amor de las cosas, de la vida y, por cierto, de la aventura de ser un hombre en el mundo.

P. Mercurio - 5-I-1964 Itp.

Ernesto Murillo: "Una flor en el cemento" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ernesto Murillo: "Una flor en el cemento" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile